



# El Don DE Ana

CECILIA SAMARTIN



CECILIA SAMARTIN

# EL DON DE ANA

Traducción de  
Fabián Chueca

**m̄** ediciones martínez roca

## Capítulo uno

Mientras el sol salía, Ana esperaba la llegada del coche del doctor Farrell mirando desde la ventana del primer piso. Un resplandor anaranjado había comenzado a derramarse por el cielo, y las formas imprecisas que unos momentos antes parecían criaturas siniestras dispuestas a abalanzarse se transformaban en los inofensivos arbustos y árboles del jardín. Mientras todo se impregnaba de una tenue luz plateada, Ana aguardaba a que aquella sensación mística de esperanza se adentrara en su alma como siempre sucedía cuando veía salir el sol. Pero esta mañana el frío con el que se había despertado continuaba intacto. En vez de recibir el don de un nuevo día, sintió como si le hubieran robado lo que para ella era ahora lo más valioso: el tiempo.

Unos instantes después, los faros del coche del doctor atravesaron la verja de la entrada y Ana se apresuró a bajar la escalera para llegar a la puerta antes de que tocara el timbre. Quería evitar que su voz profunda y melancólica resonara en toda la casa a una hora tan temprana, pero no pudo impedir el dolor en la boca del estómago. La única manera de amortiguar el terror era recordarse una vez más los milagros que la medicina moderna podía lograr. Los médicos volvían a unir miembros cercenados y trasplantaban órganos de un cuerpo a otro y, si se detectaba con suficiente antelación, hasta eran capaces de curar el cáncer. Cuando pensaba en ello desde este ángulo parecía de todo punto racional, incluso

razonable, seguir teniendo esperanza. Tal vez la razón de que el doctor Farrell se pasara por la casa tan temprano era que estaba deseoso de hablarle de un nuevo tratamiento del que había tenido noticia y quería ponerlo en marcha sin pérdida de tiempo. Pero cuando Ana abrió la puerta, en el instante mismo en que él se disponía a tocar el timbre, y le miró a los ojos derrotados y percibió sus hombros cargados y la curva descendente de su boca, supo que habían llegado finalmente al desenlace.

Unos meses antes esta revelación habría supuesto una conmoción total para todo aquel que conocía a su amado. Siempre había sido un individuo sumamente sano y robusto, y Ana, en su fuero interno, creía que había sido bendecido con una fortaleza sobrehumana que le hacía inmune a las insignificantes dolencias que aquejaban a los simples mortales. Pero esto le servía de poco consuelo mientras escuchaba al doctor Farrell.

Asintió en silencio mientras el médico le explicaba los resultados de las más recientes pruebas de laboratorio tras aquella última tanda de quimioterapia. Adam no había respondido al tratamiento como esperaban, y se había descubierto otro tumor en la parte inferior de la espina dorsal que había comenzado a infiltrarse en los huesos de las caderas y no tardaría mucho en perder la movilidad de las piernas y sus funciones corporales más básicas. Detrás de los gruesos cristales de sus gafas, los ojos del doctor Farrell se pusieron llorosos mientras decía que todos los esfuerzos debían dirigirse ahora a mantenerlo lo más cómodo y sin dolores que fuera posible y que Ana también tenía que cuidarse a sí misma.

—Estos últimos días son siempre los más duros para la persona que cuida al enfermo —dijo. Era así como se refería a ella, pero a Ana no le molestaba porque entendía que el doctor Farrell recurría a su jerga profesional para mantener la compostura. Era uno de los amigos más antiguos y queridos de Adam.

A Ana le fallaron los pies y el doctor Farrell la agarró por los hombros para sujetarla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien —respondió Ana.

—Tu aspecto no es muy bueno. Has vuelto a perder peso.

—No mucho —respondió Ana, intentando no darle importancia.

—Pero no puedes permitirte caer enferma ahora, Ana. En cuanto me vaya quiero que te acuestes a descansar. Parece que no duermes desde hace días —aunque tenía más de cuarenta años, y su cabello corto y oscuro estaba surcado de mechones plateados, en aquel momento Ana parecía tan vulnerable como un niño perdido.

—Así lo haré —respondió en voz baja.

—¿Has hablado con los chicos hace poco?

—Ayer hablé con Jessie. Debería llegar hoy.

—¿Y Teddy?

Ana miró hacia el suelo sin poder ocultar su turbación.

—Le llamaré yo —dijo el doctor—. Sacaré tiempo esta mañana.

Ana levantó la vista, con los ojos secos y centrados una vez más.

—Dile que su padre necesita verlo ahora más que nunca.

—Se lo diré —dijo el doctor Farrell, echando una mirada a su reloj—. He dispuesto que la enfermera venga esta tarde, pero yo volveré mañana a primera hora. No tengo programada ninguna intervención quirúrgica, así que podré quedarme más tiempo —la agarró por los hombros con afecto paternal—. En realidad, quiero que antes de acostarte comas algo. ¿Podrás hacer eso por mí?

A Ana se le revolvió el estómago solo de pensar en la comida. Desde que Adam había dejado de comer ella tampoco podía comer, y cuando los tratamientos de quimioterapia le provocaban arcadas,

a ella le entraban ganas de hacer lo mismo. No obstante, le aseguró a Peter que comería algo enseguida, y luego esperó hasta que su coche traspasó la verja de entrada para volver dentro de la casa.

Aturdida y agotada como estaba, necesitó cada gramo de su fuerza para subir la escalera que había bajado dando saltos unos momentos antes, cuando pensaba que aún podía haber esperanza. Ahora temía que caería resbalando hasta abajo si no ponía cuidado en cada escalón que subía. Aun así, le fallaron los pies una o dos veces y tuvo la sensación de que nunca conseguiría llegar arriba. Cada peldaño le traía a la mente todo lo que tenía que hacer, preparar y planear.

Cuando llegó al último escalón, miró a su alrededor como aturdida, como si no hubiera pasado los últimos veinte años de su vida en aquella casa. Si alguien le hubiera preguntado dónde estaba o incluso su nombre, es posible que no hubiera sabido responder.

Agarrándose con fuerza al pasamanos, miró hacia el fondo del largo pasillo, que se ondulaba ante ella como una serpiente interminable, había muchas puertas para elegir, pero de alguna manera logró encontrar aquella detrás de la cual Adam dormía. Y con movimientos leves y bien estudiados entró en la alcoba, y el aire denso y viciado de la habitación del enfermo la devolvió a la realidad.

Se acercó a la cabecera y le miró largamente. Acurrucado entre tantas almohadas y mantas, le pareció increíblemente pequeño y tierno, más parecido a un recién nacido que comienza a vivir que a un hombre al borde de la muerte. Seguro que todavía quedaba tiempo para ellos. Tal vez incluso más tiempo de lo que el doctor Farrell creía.

Inspirada por este pensamiento consolador, Ana alisó las mantas. Ordenó las colecciones de píldoras en la mesita de noche y luego pasó suavemente su mano por la frente de su amado. Sus

párpados se movieron suavemente, haciéndole saber que era consciente de su presencia, y ella sonrió.

Se sentó en su silla junto a la cabecera y cruzó los brazos en el regazo. Cerró los ojos y sus labios comenzaron a moverse en una oración silenciosa. Mientras la luz del sol entraba a raudales por la ventana del dormitorio, el dolor de Ana comenzó a disminuir con su calor, pero entonces se acordó de lo que el doctor Farrell acababa de decirle y el malestar en el estómago volvió a invadirla. Intentó superarlo con una oración, pero el malestar la golpeaba y aullaba, creando un clamor tan horrible en su interior que arrolló sus ordenadas salmodias y la dejó de nuevo con una sensación de desesperanza. Sin su optimismo natural que le levantara el ánimo, se sumió de nuevo profundamente en un lugar lúgubre y bien conocido.

—No quiero que me dejen otra vez —murmuró—. Por favor, no quiero vivir sin él.

Una voz que hacía un gran esfuerzo para ser oída por encima de su angustia le respondió, aunque más tarde se preguntaría si lo había soñado.

—Tienes que mirar hacia atrás, hacia donde has estado, para saber adónde vas —dijo la voz.

—¿Y qué diferencia hay? El pasado no cambia el presente ni el futuro.

Esperó una respuesta y, al no producirse, un silencio sepulcral se extendió sobre ella una vez más, robándole el aliento poco a poco. Al cabo de algún tiempo abrió los ojos e intentó aclarar sus pensamientos y calmar su corazón, prepararse para aquella despedida que temía que no estuviera al alcance de sus fuerzas soportar. Pero como era débil, no pudo resistir la llamada a «mirar hacia atrás», y se encontró buscando en aquella lastimosa parcela de tiempo que se le había concedido con una convicción recién descubierta. Tal vez pudiera estirarlo más allá de sus límites hasta que

se deshilachara y desgarrara por las costuras de su entendimiento. Entonces podría volver a tejerlo todo junto otra vez, una preciosa hebra tras otra, para crear un nuevo entendimiento de sí misma y de su vida.

Su cuerpo se fundió con la silla y su cara se relajó.

—¿Qué otra cosa puedo hacer sino recordar? —murmuró. El sonido de su voz hizo que su amado girase ligeramente la cabeza hacia ella, pero estaba demasiado ensimismada en sus recuerdos para darse cuenta.

\*

—Haces demasiadas preguntas, *mija* —dijo mi madre, levantando la vista de su costura con una mirada crítica.

—Solo quiero saber cómo era. ¿Era alto o bajo? ¿De qué color tenía los ojos?

—Tu padre no es un hombre que valga la pena recordar. Cuanto menos sepas de él, mejor —dijo bruscamente.

Pero a menudo se venía abajo y me hablaba de él cuando se sentía más frustrada con la vida. Cuando nos robaron las pocas gallinas que teníamos en el patio y nos quedamos sin carne ni huevos durante meses, no se quedó corta a la hora de manifestar su desprecio hacia él. Y cuando se lastimó un dedo mientras reparaba el tejado durante un temporal de lluvias especialmente intenso, su nombre junto con una sarta subida de tono de descripciones malsonantes salía a borbotones de su boca con cada martillazo, llenándola de fuerza y convicción y recordándonos a las dos que su ausencia no nos derrotaría. Todo lo contrario, en aquellos tiempos yo estaba agradecida de que no tuviéramos que hacer frente a un «borracho asqueroso y haragán que no era capaz de encontrar trabajo de día ni el camino de su casa por la noche».

Cuando se tranquilizaba, mi madre también se culpaba a sí



misma mientras se lamentaba de los innumerables defectos de mi padre.

—Fui más que tonta al creer que las dulces palabras y las caricias de un hombre podían aliviar las realidades de la vida.

En el pueblo donde vivíamos no había electricidad ni agua corriente, y cuando llegaba la estación de las lluvias no era infrecuente que un torrente de agua fangosa arrastrase varias cabañas. Después, durante semanas, los niños rastreaban las orillas del río fangoso en busca de ropa y utensilios de barro para cambiarlos por unas monedas si la suerte les acompañaba. En nuestro mundo las duras realidades eran tan comunes como los mosquitos en una noche húmeda, y era absurdo imaginar la vida sin mosquitos.

Mi madre no era la única que pasaba apuros. Muchas mujeres de nuestro pueblo habían sido abandonadas por sus maridos y tenían que criar solas a sus hijos. Y había pocas esperanzas para aquellas que habían logrado conservar a sus hombres bajo sus techos durante un poco más que las demás.

—Solo es una cuestión de tiempo antes de que tu tía Juana se entere de que Carlos no está escondido en las montañas para eludir a la Guardia Nacional. Tiene otra mujer, y además otra familia entera —decía mi madre—. Y luego sabrá lo que yo supe en el instante mismo en que puse los ojos en él.

—¿Y qué fue eso, mamá?

—Que es un sinvergüenza sonriente que no cambiará nunca —me contestó encogiéndose ligeramente de hombros en actitud de desdén.

—¿Pero tú lo has visto de verdad con la otra mujer? —pregunté.

—No, pero lo veo en su manera de mirar a cada mujer que se cruza en su camino. Y si estuviera ciega, también podría olerlo —sus ojos oscuros ardían con un fuego interior—. A veces desearía no haber visto todo lo que vi.

Mi madre había predicho demasiadas calamidades para que yo dudase de ella. Era una mística práctica que podía evaluar las circunstancias que tenía ante ella y entender en cuestión de segundos lo que otros tardaban semanas, meses o incluso años en comprender. A diferencia de muchas de las otras mujeres que habían sufrido, ella había aprendido de sus errores y había encontrado una manera de transformar su dolor en sabiduría, una sabiduría que aplicaba a su propia vida una y otra vez.

—¿Por qué no saludas al hombre de la ciudad que te sonrío, mamá? ¿No crees que estaría bien casarse con un hombre rico y bien parecido?

Mi madre pensó un instante en lo que le había dicho.

—A veces pienso que estaría bien, pero... —chasqueó la lengua como lo hacía para echar a las gallinas de la casa—. La verdad es que contigo no me hacen falta más quebraderos de cabeza —dijo con una sonrisa burlona.

A nuestro alrededor se desarrollaba sin interrupción una representación del drama humano que confirmaba la exigente visión que mi madre tenía de la humanidad y nos ofrecía también una suerte de sórdido espectáculo. Una vez, lo recuerdo muy bien, volvía caminando a casa desde el mercado cuando vi a nuestra vecina Dolores arrojarse a los pies de su esposo. Él había estado fuera, escondiéndose durante algún tiempo de la Guardia Nacional en las montañas, y era bien sabido que en su ausencia ella había ganado un dinero extra cocinando y limpiando para el mismo hombre rico que siempre sonreía a mamá. También se sabía que el marido de Dolores era un hombre muy celoso, y que la sola idea de que su esposa estuviera en la casa de otro hombre lo volvería loco.

Dolores se arrojó a sus pies, sollozando mientras él fruncía el ceño como si sus zapatos se le hubieran mojado no por las lágrimas de una mujer desesperada, sino por un perro que se orinase en

ellos. Yo tenía miedo de que la rechazara con una patada en la cara, pero le ordenó que volviera a la casa y ella salió disparada de inmediato hacia dentro, agradecida, al parecer, de que no la hubiera golpeado. Luego él sacó el machete del cinturón y comenzó a lanzarlo contra un árbol cercano, una y otra vez, dando siempre en el blanco con alarmante puntería.

Mi madre asintió mientras escuchaba el relato apasionado de lo que acababa de ver y oír.

—¿Crees que la va a matar con el machete? —pregunté horrorizada.

—No —respondió—. Perderá la vida poco a poco, no de una vez.

No estaba segura de haber entendido lo que quería decir con aquello, pero unos días más tarde vimos a Dolores en el mercado, con los dos ojos bordeados por los tonos más espectaculares de morado y azul que había visto en mi vida. Estaban tan hinchados que era un prodigio que pudiera ver los pimientos que metía en su cesta, y me fijé en que la cesta estaba llena de verduras y además había un pollo recién sacrificado. Al parecer, después de pegarle una buena somanta, su marido le había permitido gastar el dinero que había ganado.

—Ya lo ves —susurró mi madre, triste por Dolores, pero no obstante satisfecha por haber hecho otra predicción acertada—. Si Dolores quiere seguir trabajando para ese hombre rico tendrá que pagarlo con moretones y fracturas de huesos. Y un día, cuando no queden huesos que romper, o no queden ojos que ennegrecer, la matará de una vez por todas.

—Pero eso es terrible, mamá. Deberíamos avisarla para que se vaya lejos de él antes de que sea demasiado tarde.

Mi madre negó con la cabeza.

—Es inútil, *mija*. Mírala. Está contenta porque hoy su cesta está llena y su marido está en casa. No puede ver más allá de eso.

No era hasta que dábamos por terminada la jornada y yacía-

mos en nuestras hamacas escuchando los sonidos de la noche, los rumores y los gritos de las criaturas que vivían en la jungla cercana, cuando mi madre se permitía un par de pensamientos románticos carentes por completo de sabiduría práctica. En aquellas ocasiones me susurraba con una voz etérea llena de posibilidades:

—Imaginemos, *mija*. Imaginemos que flotamos en un barquito en medio del océano muy lejos de aquí, y que millones de estrellas centellean sobre nuestras cabezas, y que otros tantos peces de colores nadan bajo nuestros pies.

O bien:

—Imaginemos, *mija*. Imaginemos que estamos durmiendo en una casa magnífica con enormes ventanales y suelos de baldosas, y por la mañana nos despertamos con un suave rasgueo de guitarras.

Cada noche, preciosas imágenes como estas coloreaban mis sueños, y gracias a ellas, no importaba cuántas duras realidades encontrarse durante el día, nunca tenía problemas para dormir.

Mi compañero de juegos preferido era mi primo Carlitos. Lo que más nos gustaba era jugar a la orilla del río, donde podía modelarse el barro para hacer toda clase de objetos para nuestra diversión. A veces, cuando éramos todavía demasiado jóvenes para avergonzarnos de nuestra desnudez y el río bajaba lo bastante alto para llegarnos a la cintura, nos desnudábamos y nos embadurnábamos con una capa tras otra de barro hasta que era imposible saber quién era la chica y quién era el chico. Si por casualidad nos encontrábamos con alguien conocido, lo desafiábamos a adivinarlo y, desternillándonos de risa, nos metíamos saltando en el río y nos lavábamos solo para demostrar lo equivocado que estaba.

A menudo me preguntaba cómo sería Carlitos cuando crecie-

ra y se hiciera un hombre. ¿Sería un mujeriego como su padre o como los otros hombres del pueblo que pegaban a sus esposas? No parecía posible que el dulce y encantador Carlitos pudiera ser nunca así, y se me ocurrió que si alguna vez esperaba casarme, podía ahorrarme no pocos sufrimientos casándome con él. Se lo insinué a Carlitos, que, tal como esperaba, pensó que era una buena idea, y una tarde después de haber estado jugando en la orilla del río, nos presentamos ante el cura del pueblo y le pedimos que nos casara en aquel mismo instante.

—Será un honor para mí —dijo—. Pero dentro de unos diez años.

—No queremos esperar tanto —proclamé, y Carlitos me cogió de la mano, algo que me pareció enternecedor.

El sacerdote se rio, y luego nos tomó más en serio.

—Sois demasiado jóvenes todavía para casaros, pero os impartiré una bendición prematrimonial —dijo, y poniendo sus manos sobre nuestras cabezas salpicadas de barro musitó una rápida oración. Con eso era suficiente por el momento, y Carlitos y yo estuvimos diciendo por ahí a todo el mundo durante días que éramos marido y mujer hasta que nos cansamos de hacerlo y nos inventamos un nuevo juego.

El único hombre al que mamá respetaba era monseñor Romero. También es cierto que en nuestro pueblo todo el mundo no solo lo respetaba sino que lo veneraba. Era el arzobispo de nuestro país, y cuando estalló la guerra civil muchos de los de su clase nos dieron la espalda. Él condenó abiertamente la violencia que tenía lugar en pueblitos como el nuestro por todo el país. En aquella época la gente necesitaba más oírle hablar que comer, y se congregaba en torno a cualquier aparato de radio que funcionara que pudiera encontrar. Mamá me había dicho que escucharlo la ayudó

a entender que todo ser humano tiene derecho a vivir con dignidad por muy pobre que pudiera ser, y que para conseguirlo la gente tenía que organizarse.

Por muy difícil que fuera para mí comprender los problemas que se producían entre hombres y mujeres, me resultaba casi imposible captar aquel problema más grande en el que estaban implicados soldados, presidentes y sacerdotes. No había visto los combates con mis propios ojos, pero había oído hablar de los asesinatos que se cometían y me había percatado de que eran más los hombres jóvenes que desaparecían de los pueblos. Cuando le pregunté a mi madre por ello, me dijo que, por su fuerza física y su insensatez, eran los hombres quienes combatían en las guerras.

Sintiéndome como algo parecido a una aprendiz de mística, ofrecí mi propio chisme filosófico para que ella lo considerase.

—Tal vez sea por eso por lo que a veces los hombres son crueles con las mujeres, porque son ellos quienes tienen que ir a la guerra.

Mi madre levantó sobresaltada la vista de su costura, con la mirada inmóvil mientras su mente daba vueltas a lo que yo había dicho. Pensé que estaba a punto de poseer la misma iluminación que la adornaba, pero entonces hizo desvanecerse mi visión meneando rápidamente la cabeza.

—Mejor dilo al revés, *mija*. Si hay guerras es porque los hombres son crueles —dijo, y volvió a su labor.

Si mi madre decía que la guerra estaba a nuestro alrededor, yo sabía que tenía que ser verdad, pero la vida en nuestro pueblo parecía relativamente sin cambios por su causa. Los adultos seguían trabajando en las plantaciones de café de las proximidades mientras los niños atendían a sus quehaceres y asistían a la escuela. Al

caer la noche, las mujeres cocinaban mientras los hombres que quedaban se congregaban en la plaza para beber. La mayor parte de los días no era infrecuente entrar en nuestra propia cabañita y encontrar la mesa en el centro de la estancia cubierta de ricos tejidos de vibrantes tonos morados y azules con ribetes de complicados bordados y oír el suave y rítmico sonido de la máquina de coser de mi madre. Además de sus talentos filosóficos, mi madre era también la mejor costurera en kilómetros a la redonda, y los sacerdotes de las parroquias de la zona siempre le encargaban sus composturas.

Lo único que salvaba a mi padre era que antes de desaparecer había regalado a mi madre una magnífica máquina de coser, con su pedal y su mueble de madera tallada debajo. A mí me fascinaba el brillo de la máquina negra que mi madre lustraba regularmente con un paño húmedo, y a menudo pasaba los dedos por los bonitos relieves florales que adornaban las puertas del mueble de abajo. La nuestra era la única máquina de coser que había en el pueblo, y mi madre decía que mi padre probablemente la había robado, pero esto no parecía importarle mucho y nunca intentó encontrar a su verdadero dueño.

Era una maravilla ver nuestra humilde cabaña llena de unos colores tan espléndidos que brillaban con su propia luz sagrada, y cuando tocaba los tejidos imaginaba que así era como debía de ser tocar a un ángel. Me sentía privilegiada de poder tener aquella fugaz visión entre bastidores de la gloria de Dios, y por supuesto estaba muy orgullosa de tener una madre a la que se consideraba digna de arreglar semejante esplendor. Uno de mis pasatiempos preferidos consistía en mirarla cuando trabajaba con su máquina de coser mientras la aguja avanzaba valientemente hacia su destino, y en algunas ocasiones sostenerle los tejidos cuando me decía que la ayudase, y aprender a coser yo misma, aunque nunca con su precisión y finura.

Sentada derecha en su silla mientras trabajaba de manera que la punta de su larga coleta negra apenas rozaba el suelo de tierra, a menudo me contaba su sueño de ser propietaria de una pequeña tienda de confecciones.

—Acudirá gente de todas partes a comprar la linda ropa que hago. O si no, traerán su ropa para que se la arregle cuando engorden demasiado o adelgacen demasiado. Me pagarán bien, y podré ahorrar suficiente dinero para comprar una casa solo para ti y para mí. Esa casa tendrá agua corriente, electricidad y un tejado que no haga ruido cuando llueva.

Aquellos sueños me parecían maravillosos, y cuando me enseñaba su excelente trabajo parecía muy probable que un día se hicieran realidad.

—¿Es eso lo que ves en tu futuro, mamá? —le pregunté, con la esperanza de que sus poderes de predicción pudieran aplicarse también a esto.

Mamá negó tristemente con la cabeza.

—No puedo ver cosas para mí misma. Si pudiera, nunca habría empezado a juntarme con tu padre. Por supuesto —dijo, animándose y dirigiéndome otra de sus escasas sonrisas—, sin él no te tendría a ti.

Cuando mi madre terminaba sus composturas yo la ayudaba a doblar las largas vestiduras y a guardarlas, siempre con cuidado de que las esquinas quedasen estiradas y de doblarlas por las costuras. Esto no era fácil porque las dos éramos pequeñas y teníamos que subirnos a una silla para que los tejidos no tocasen el suelo. Luego ella los guardaba en el mueble tallado que había debajo de su máquina de coser que reservaba para sus mejores trabajos. Estaba segura de que allí no cogerían polvo, y mis primos y yo sabíamos que tocar cualquier cosa que estuviera guardada dentro del mueble de la máquina de coser de mamá daría lugar a un castigo inmediato y cierto.